



FOTOS: JULIO DUQUE Y ARCHIVO ABC

Laberinto de palabras

Valle-Inclán es uno de los protagonistas editoriales de la temporada. A la edición de sus «Obras completas» por Biblioteca Castro, ahora se suman sus «Sonatas» (Editorial Gadir), que todo lector debería tener por un tesoro

LUIS MEANA

Más que un libro, estas *Sonatas* son un cuadro. Pintado por la mano impresionista aún no gangrenada de un escritor que parece ir rellenando, con textos recargadamente modernistas, la superficie de un lienzo hecho de creencias estéticas, anacronismos e imaginaciones. Como han escrito reconocidos especialistas, no es la mejor obra del autor. Tampoco importa. Es única. Estamos ante *El Gatopardo* español que pinta una decadencia individual que es colectiva. Coincidiendo con la publicación de las *Obras Completas* (Biblioteca Castro), la Editorial Gadir ha decidido «despertar» de su sueño -relativo- a este libro que todo lector debería tener por

un tesoro, por más que su autor, en una ira de vejez, lo descalificara: «¡Las Sonatas! Olvidémoslas. Son solos de violín». Benditos solos.

Muy pocas veces en la historia de la escritura las palabras habrán sido sometidas a una exigencia y a una prueba de flexibilidad semejante. Empujado por su extrema adoración estética, este hombre de «melena merovingia» se puso a estirar las palabras para obligarlas a que fueran más allá de sus límites, para averiguar hasta dónde llegaba su musicalidad, cromatismo o capacidad evocativa. Pueden los hermeneutas descubrirle al texto los defectos que quieran (muchísimos), todos sus plagios (abundantes), los precedentes de los que bebe (ejemplo, Zorrilla en México) y todas las in-

fluencias (D'Annunzio, Verlaine,...). Pero ese lienzo vive de un sueño: que la palabra pueda despertar en el espíritu la misma intensidad y la misma emoción que las vivencias. Que una frase traiga el olor de la piel de una mujer, la gravedad de una tristeza, el anonadamiento ante la hermosura salvaje y explosiva de la Niña Chole (extraña reverberación de la Malinche de Hernán Cortés, «hermosa como una diosa»). Un abismo que, como todos sabemos, no es posible saltar. Pero entre las prosas que han estado a punto de lograrlo, está este mágico laberinto de palabras.

Si con las mejores obras del castellano al-

guien se pusiese a componer una Biblia, las *Sonatas* de Valle-Inclán serían el *Cantar de los Cantares*, con miles de frases semejantes a aquellas evocaciones poéticas: tus labios hilos de escarlata, tus cabellos racimos de dátiles, tus mejillas riberas aromáticas, tus piernas columnas de alabastro. Tiene Valle la musicalidad de los cantos bíblicos. Y del poema homérico. Estamos ante una especie de reinención de la prosa poética en castellano. No le gustó a todo el mundo este «arte

EN ESTA EDICIÓN SE RECOGEN LAS «SONATAS» EN ORDEN ORIGINAL: OTOÑO, ESTÍO, PRIMAVERA E INVIERNO

artístico»: baste recordar el despectivo comentario de las «bernardinadas» de Ortega, a quien, por cierto, también se le subía el *soufflé* del amanera-

miento, o el «complejo princesimal» de Salinas.

Lo que ellos quieran. Pero el Marqués de Bradomín es una rara mimesis de Odiseo. Y su vida -fingida o incluso parodiada- es la Odisea romántica de un «politropo», de un peregrino errabundo y decadente que se ha perdido en el laberinto de cambios de la historia. Es un viejo guerrero que ya no conquista continentes, sólo mujeres, sus sirenas. Como con Ulises, al que sólo la vieja nodriza reconoce al pasar su mano por la antigua cicatriz, nosotros reconocemos en esos textos artificiosos el ser de nuestra lengua, que vuelve a casa después de sufrir la esclerosis de las palabras y caer en los descarríos del realismo ramplón y garbancero.

«Tropicalidad» gallega

Lo vio muy bien Azorín (en ABC), cuando indicó que toda la lírica novísima tenía su origen en esas filigranas de Valle. Nada de ese milagro podría haber sucedido, ni puede explicarse, sin el arpa del que nace su música: la especial «tropicalidad» de Galicia, y por extensión, del Cantábrico entero. Estas *Sonatas* son un retrato sublime de ese otro «trópico» exuberante de nieblas, bosques, humedades, verdes abrumadores, lluvias feroces, aldeas per-

POETA Y ACTIVISTA

En el hotel Palace, en Madrid, inauguración de la exposición de Bellas Artes (1 de marzo de 1922) organizada a beneficio de los niños rusos hambrientos (como reza la pancarta). En el centro de la imagen, sentado, Valle-Inclán con su característica barba de chivo

HOMBRE DE COSTUMBRES

Ramón del Valle-Inclán en su casa de General Oráa en Madrid. Agosto del año 1930. El autor acostumbraba a leer y escribir tumbado. La manta que cubre sus pies es en realidad un «retoque» de la foto original



le sirve de fondo son antagonicos. El fondo contradice constantemente a la forma. El estilo es rebosantemente estético, el fondo brutal. La forma, ostentación altiva –y ficticia– de un soberbio dandi. El fondo, una desilusión y convicción irrefrenable de derrota. La forma es preciosista. El fondo, muchas veces esperpéntico. La superficie, frívola. El fondo, trágico. Aparentemente las *Sonatas* son exaltación de la carne y de la vida. En el fondo domina la muerte. Cuanto más poderosas lucen las pasiones eróticas, más recurrente se presenta la muerte. Cuanto más sacrílega es la forma, más religioso es el fondo. Lo resumió la Pardo Bazán a propósito de Zorrilla: es «el ruseñor de nuestra aurora al par que el lucero melancólico de nuestro ocaso». Eso es Valle, pero mucho más que Zorrilla. No hay tanta ruptura como se afirma entre las *Sonatas* y las obras posteriores. En embrión, pero bien visible, está aquí casi todo el escepticismo y la crudeza posteriores.

Furia shakesperiana

En su musicalidad engañosa y recargada, revelan una furia shakesperiana contra la feria babélica del mundo, contra lo grotesco de la existencia. Muchos han visto en esta adoración de la Belleza nihilismo. Lo hay. Pero el nihilismo de Valle es muy distinto al del expresionismo o simbolismo nihilista fin de siglo, lleno de unas ansias de destrucción que conducirían a la Gran Guerra. En las *Sonatas* hay todavía un sentimiento crédulo de la historia. Su esteticismo no incluye aún la perversión del crimen. Así que al prodigioso autor de estas *Sonatas*, antecesoras de tantos realismos mágicos, deberíamos dedicarle, al deleitarlos con sus solos de violín, aquellas palabras grandiosas que Musil dedicó a Rilke: «no fue una cumbre de su tiempo, fue una de esas importantes montañas por las que el espíritu va recorriendo los tiempos».

**Sonatas
Valle Inclán**

Recopilación
Prólogo:
Antonio
Ferres
Gadir, 2017
366 páginas
15,50 euros

didas, acantilados bravíos, delicadezas, sentimentalidades, señorías, palacios, saudades, y una prodigiosa Naturaleza. O sea, lo misterioso.

Ante un texto tan lleno de tentaciones, siempre ha atraído mucho la tentación de mermarlo. Por ejemplo, se ha repetido muchas veces, incluso el mismo Valle cayó en ese reduccionismo, que estas *Sonatas* son las Memorias –«amables»– de un nuevo tipo de donjuán: «admirable, el más admirable tal vez». Superficialmente puede que el Marqués de Bradomín sea un donjuán. De fondo, no estoy nada seguro de que lo sea. Le falta algo determinante: ser un timador de mujeres y de amores. No lo es. No es un pícaro del amor. En su peculiar quijotismo, el Marqués de Bradomín es un anacronismo de un heroísmo decadente, es un místico del amor, un aventurero del pecado, un melancólico del sexo. Un heterodoxo moral y rebelde contra la convención, un cruzado contra la vulgaridad y la racanería, según el lema de Schiller: «compórtate estéticamente». Las *Sonatas* no son las Memorias de un donjuán.

**LO VIO MUY BIEN
AZORÍN (EN ABC),
CUANDO INDICÓ
QUE TODA LA
LÍRICA NOVÍSIMA
TENÍA SU ORIGEN
EN VALLE**

Son un *Cantar de Gesta* de lo irreal y de lo extremo. Un Camino de exigencias hacia «los místicos cielos de la belleza». Son el Manual de Moralidad altiva y aristocrática

–de tinte nietzscheano–, no de un hombre sin atributos (tipo Musil), sino de un hombre con muchos atributos que aspira a convertir su Yo, su Forma de Ver y su Gusto en norma imperativa y en utopía de salvación colectiva.

Época periclitada

Las *Sonatas* son el Testamento de un tigre «rural» al que la historia ha convertido en gato, la ensoñación de una épica y de una época –periclitadas– que sólo viven en la imaginación de Valle: llena de blasones, vidrieras, escaleras palaciegas, hidalgos de aldea, campesinas concubinas, barroquismos, decadencias, medievalismos. En las *Sonatas* la utopía está por detrás, no por delante. Por decirlo con sus palabras, Bradomín es un dios antiguo al que se le ha extinguido su culto. Es profeta de una vieja religión: del Yo, de la Naturaleza y del Arte, o sea Romanticismo. Y todo eso desborda el donjuanismos.

Por lo demás, el texto escrito y el lienzo «filosófico» que

**El milagro musical
de Valle-Inclán**

«Nadie vale lo que vale Valle», escribió Valente y tenía razón. Estas poesías completas así lo constatan

JAIME SILES

Rubén Darío vio a Valle-Inclán como si no fuera Don Ramón María sino más bien el Marqués de Bradomín, su *alter ego*. Juan Ramón prescindió de la clave iconográfica para dibujarlo de fondo, y no sólo de frente y de perfil, como lo que de verdad era: el mayor fabulista de nuestra lengua, porque Valle-Inclán es, sobre todo, eso –un hombre hecho lengua, sonido, fonación–. L. González del Valle y J. Manuel Pereiro han reunido su poesía, siguiendo el orden que en sus *Claves Líricas* (1930) su autor les dio e incluyendo también tanto los poemas en gallego como los publicados en revistas, pero no recogidos de libros, y los publicados en libro pero eliminados de ellos después. Nos ofrecen así a Valle en toda su extensión: desde sus inicios en 1888 hasta su final en 1935, destacando la variedad y cohesión de una escritura caracterizada por la solidez de una poética capaz de aunar a Platón y Aristóteles, de mezclarlos con las teorías teosóficas y de añadirles los componentes necesarios para hacer con todo ello una fórmula magistral: la de su esperpento en el teatro, pero también la de su lirismo expresionista, cubista, futurista y cuantos «ismos» se le quiera encima echar.

Valle fue singular en todo y precursor de casi todo: aspiró a un arte total, en el que la sinestesia y la sensación unieran lo visual y lo acústico, produciendo o reproduciendo la unidad íntima del mundo, porque en Valle hay más filosofía de la que parece y más sistema de lo que se cree. Valle es un poeta moderno: mucho más moderno que no pocos de su generación. En *La lámpara maravillosa* (1916) sintetiza casi toda su poética, como supo muy bien Gerardo Diego, que recurrió a ella para trasplantarla a su famosa antología. Y es que, para Valle, lo que debe contener un poema es lo que él llama «milagro musical», que «en la rima

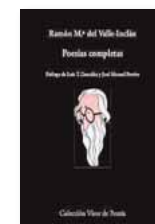
se aquilata y concreta», al concentrar el tiempo «en el instante de una palabra, de una sílaba, de un sonido». Según él, «el secreto de las conciencias sólo puede revelarse en el milagro musical de las palabras». De ahí que «el poeta, cuanto más oscuro, más divino».

Su amplia estela

Se comprende, pues, el respeto que la generación del 27 sintió por él, y no me extrañaría que uno de los mejores y más conocidos poemas de Dámaso Alonso, «Mujer con alcuza», tenga su origen en este verso de Valle-Inclán –«Sale la vieja con la alcuza» de «La Rosa del Reloj»– como también algunas de las greguerías de Gómez de la Serna podrían proceder de construcciones como: «Un disparate pintoresco, / maravilloso de esbeltez, / el arabesco / del caballo del ajedrez». También el título de uno de los cuentos de Rulfo podría remitir a este verso: «Y a lo lejos los perros ladran en los pajares». En «Resol de verbena» hay ya mucho de lo que van a hacer Ensor, Grosz, Dix y Maruja Mallo, como en sus poemas sobre el circo está ya no poco de Picasso, de Rilke y de Lagar.

**«AROMAS DE
LEYENDA» (1907),
«EL PASAJERO»
(1920) Y «LA PIPA
DE KIF» (1919) ES
EL ORDEN DE
ESTA ANTOLOGÍA**

En su «Geórgica» está el prelude de uno de los sonetos del *Rayo que no cesa* de Miguel Hernández. Y su polimetría nos asombra no menos que su búsqueda de «la flor azul y mística del alma visionaria» o su capacidad para el poema narrativo y el poema dialógico. Modernista canónico en «Rosa de Túrbulos» por el uso de la rima aguda, denigrada por los preceptistas, y modernista feísta en su «Rosa del sanatorio», es un gran poeta metafísico en «Rosa gnóstica», el poema que da la clave de su dimensión: «Nada será que no haya sido antes, / Nada será para no ser mañana, / Eternidad son todos los instantes, / que mide el grano que el reloj desgrana».

**Poesías completas
Valle Inclán**

Poesía
Pról. Luis T.
González del
Valle y J. M.
Pereiro
Visor, 2017
248 páginas
15 euros